

Yo nena, Yo princesa

Gabriella Manilla

Univ. nac. de Gen. Sarmento

2014

## LA TRISTEZA DE MANUEL

8 de octubre de 2011

Hoy mamá empieza a escribir todo lo que recuerde.

Hoy voy a tratar de acordarme de cómo pasaste de ser mi nene a ser Luana, mi princesa...

En julio de 2007 nacieron mis mellizos, de 35 semanas de gestación, después de un embarazo complicado, de alto riesgo. Vos naciste primero y a los cinco minutos, tu hermanito; los amé en ese instante.

Después de nueve días de estar en neo ya estaban en casa, vos demandabas mucha atención; en cambio tu hermano, nada. Llorabas mucho y dormías muy poco, y eso hacía que tu hermanito no durmiera.

Nada te complacía, siempre necesitabas algo que yo no podía descifrar porque ni siquiera hablabas. Eran tan diferentes, el día y la noche. A él se lo notaba sereno, tranquilo; en cambio a vos algo no te dejaba en paz.

Se notaba en tu mirada, sorprendían tus ojitos profundamente tristes.

La ilusión con que los esperamos, dos varones, papá ya tenía planeado el futuro de los dos.

—Uno va a ser electricista, como yo me decía—. El otro, mecánico, y van a trabajar juntos.

Nos pasábamos horas hablando de cuando fueran grandes, eligieran sus novias, fueran juntos a estudiar a una escuela técnica y lo más lindo... eran mellizos, cuánto se iban a divertir.

Entre los dos pintamos su habitación de color celeste, obvio, y verde. Fueron creciendo a la par y teniendo cada vez más acentuadas las diferentes personalidades, eran tan distintos...

Todo era por igual; la ropa, los juguetes, las cunas celestes, pero había una diferencia, a tu hermano lo conformaba enseguida y a vos no conseguía calmarlo. El primer año pasó volando, y a pesar de ser tan chiquitito demostrabas estar disconforme, no sabía con qué ni me lo pude imaginar siquiera; mis dos hombrecitos, mis nenes, mis dos amores.

Noté que eras muy sensible, llorabas por cualquier cosa y tu hermanito no. Papá se enojaba y no quería jugar con vos porque en lugar de reírte te ponías a llorar, no te gustaba jugar a lo bruto.

Tendrías dos años más o menos y mamá te compró unas películas de Disney para que vieras con tu hermano. La que más te gustó fue *La Bella y la Bestia*, la viste tantas veces que repetías los movimientos de Bella y tratabas de cantar y decir los diálogos como te salían. Empezaste a bailar como Bella durante todo el día, te quedabas deslumbrado con esa princesa.

Recuerdo una tarde que les puse música para bailar, yo tenía puesta una pollera y te quedaste mirándome hasta que fuiste a mi placard y trajiste una pollera mía para ponerte. Te la puse, pensé que era un juego, todos los nenes se disfrazan para jugar, pero vos no, te pusiste la pollera y no te la quisiste sacar nunca más...

Eras tan chiquito, tan hermoso, tan inteligente. Llorabas mucho para que te pusiera las películas de princesas;

encima no teníamos cable, en la tele solo les podía poner el DVD. Si veías *La bella y la bestia*, vos eras Bella y tu hermano, la Bestia; si veías *La bella durmiente*, vos eras Aurora y él, el príncipe Felipe. Lo abrazabas para que bailara con vos.

Te vi arrastrar una silla, llevarla a mi habitación, ponerla delante de mi placard y buscar una remera mía para ponerte. Te quedaba como un vestido, y con eso puesto te ponías a bailar delante del televisor al mismo tiempo que lo hacía la princesa y con los mismos movimientos que ella. Te pasabas todo el día con una remera mía puesta.

Todo empeoró, ya no era un juego porque ya no nos divertíamos...

Te puse otras películas, pero no llegaban a atraer tu atención y no te gustaban tanto.

Pasabas mucho tiempo revolviendo mi placard hasta encontrar una remera que te gustara y me pedías que te la pusiera. Empezaste a guardarlas debajo de tu almohada, en tus cajones o debajo de tu cama.

Las puse en el estante más alto para que no las agarraras más. Ya era muy reiterativo. Te ponías muy mal si no las encontrabas y rompías en llanto durante horas.

Lo que siempre noté fue que no era un llanto de capricho, llorabas con un sentimiento profundo, de dolor.

Ya no estabas tranquilo, necesitabas vestirme para jugar, y como yo no te quería poner mi ropa, aprendiste a vestirme solito.

Mientras tu hermanito jugaba con autitos y trenes, vos solo aceptabas un peluche.

No dormías de corrido toda la noche y no te recuperabas durante el día; consulté con el pediatra y me derivó a un neurólogo infantil.

Te llevé y mandó a hacerte una polisomnografía nocturna, un estudio del sueño; para él no era normal las pocas horas que dormías.

El estudio salió perfecto, neurológicamente estabas bien, me puse a llorar sin entender entonces qué era lo que te pasaba.

Te derivó a un psicólogo infantil, tenías solo un año y medio, dijo que tenías problemas de conducta. No pude llevarte, se me complicaba viajar con los dos bebés. No tenía quien me ayudara...

Pasaban los meses y todo seguía igual, insistías con mi ropa y el día entero te la pasabas llorando por todo sin sentido y en la noche te despertabas a los gritos, día tras día, no tenías paz y no lograba entenderte.

Me asusté mucho cuando vi que se te caía el pelo a mechones, tenías cuatro aureolas en la cabeza, obviamente te llevé al dermatólogo, te revisó y me preguntó si había fallecido algún familiar, si nos habíamos mudado, si me había separado o algo que hubiera cambiado radicalmente. Nada de eso pasaba, no era un hongo, no había remedios, tu pelo se caía por tu estado de ánimo y se sorprendió porque eras muy chiquitito para que te pasara eso. Igual nos dio una loción que te pasé durante dos meses.

Mi angustia iba creciendo, no había explicación médica para nada de lo que te estaba pasando físicamente. Tenía mucha impotencia, nada podía hacer para mejorar tu vida, para darte tranquilidad.

Tenías ya veinte meses y comenzaste a hablar, entonces me pudiste decir:

-Yo nena, yo princesa.

Ya no era un juego ni con lo que jugabas, era lo que decías ser. Ahí empezó tu larga lucha para tu tan cortita vida.

Ya no podía verte tan mal, tan angustiado, la vida se nos hacía insostenible, y no tenía una solución. Lo único que te calmaba era que te dejara jugar con mi remera puesta. Repetías todo el tiempo y a quien quisiera escucharte:

-Yo nena.

Contrariarte era peor.

Lógicamente te respondíamos:

-No sos una nena, sos un nene.

Y tu reacción tan violenta, autodestructiva, nos dejaba desconcertados a todos. ¿Qué podía pasar por tu cabecita, mi cielo, que llegabas a lastimarte si te decíamos que no lo eras?

Te dejé entonces ponerte mi remera, por lo menos unas horas te la pasabas tranquilo. Pero a la noche era de sobresaltos. Llorábamos juntos, mi desesperación me hacía pensar que podías estar enfermo. Nadie me daba una solución ni podían explicar tu conducta, cada estudio que se te hizo salía bien.

El pediatra sostenía que lo que te pasaba era porque papá no estaba más tiempo con vos.

-Le falta la figura paterna, llévenlo a jugar a la pelota y a practicar juegos más rudos. Pasa mucho tiempo con la madre.

Decían. Y yo pensaba:

-¿Y tu hermanito? Él pasa el mismo tiempo que vos y papá está para los dos por igual y, sin embargo, no me dice que es nena.

Llegó a recetarme un antialérgico que produce somnolencia en los niños para que pudieras dormir un poco, y nada.

Lo que más me desconcertaba era que estaba criando a dos niños al mismo tiempo y de igual manera y uno estaba

conforme consigo y el otro no. Si fallaba con uno, tendría que fallar con los dos.

Era agosto del año 2010, tenías tres años ya y estabas cada vez peor, te golpeabas la cabeza contra la pared, te tirabas del pelo, te mordías.

Decidí entonces llevarte a un psicólogo; si lo que te estaba pasando era emocional, no tenía otra solución.

Fui a una entrevista con una psicóloga infantil, ahí le comenté que tenía mellizos varones a los que criaba por igual y que uno de ellos decía ser una nena y pedía vestirse como tal.

—Mi hijo de tres años me dice que es una nena —le dije.

Después de ir sola a la sesión y responder a todas las preguntas que me hicieron sobre el embarazo, tu nacimiento, cómo eras de bebé, etcétera, llegó el día en que te iba a ver a vos.

Pusimos tantas ilusiones y expectativas, necesitábamos urgente que nos dijeran qué te estaba pasando y fue un gran error caer en ese lugar.

La licenciada que te atendía decidió aplicarte un método correctivo y afirmar tu masculinidad.

Recuerdo que tenía una caja con juguetes, vos entrabas solito al consultorio y mamá te esperaba afuera.

En esa caja había un pedazo de tela. Una vez, cuando te retiraba, te vi con esa tela puesta encima como si fuera un vestido y ahí sentí que por fin un profesional estaba viendo lo que vivíamos a diario con vos, con un nene que se sentía nena y se vestía como nena.

Pensé entonces que estábamos yendo por buen camino, pero me equivoqué.

Nos citó a papá y a mí y nos dijo que lo que notaba era que nosotros no éramos firmes con vos, que vos eras un nene y que teníamos que recordártelo.

—Cuando él diga que es una nena, ustedes le dicen que no. Si se pone una remera, se la sacan; no importa si llora, tienen que ser firmes con esto.

Nos dijo que lo transmitiéramos al resto de la familia y que sacáramos todo lo que estuviera a tu alcance con lo que te pudieras vestir como una nena. Y así lo hicimos.

A papá le costaba mucho verte así, entonces acató la orden de la psicóloga al instante. Yo hice lo mismo creyendo que era lo correcto y que de esa manera ibas a mejorar tu estado anímico.

Hablamos con tu abuela y tus tíos para que todos hiciéramos lo mismo por tu bien.

Lamento tanto todo lo que te hicimos sufrir...

Guardé todas las películas de princesas, cerré mi habitación con llave para que ya no sacaras mi ropa, y te repetíamos a diario que eras un nene, no una nena.

Jamás pensé que queriendo hacerte un bien te lastimábamos tanto.

Cada vez que te ponías una remera mía, te la sacaba y te decía que no lo hicieras más porque eras un nene; por Dios, todavía escucho tus gritos cada vez que te sacaba lo que te habías puesto, no te estaba sacando la ropa, yo sentía que te estaba arrancando la piel.

Tus gritos eran desgarradores, tu llanto era con tanto sufrimiento, horas te escuché llorar por una remera o porque decíamos que eras un nene. Te quedabas sin voz de tanto gritar. Los vecinos paraban a mi mamá en la calle para preguntarle si yo los maltrataba porque escuchaban tus gritos y llanto continuamente. Como no tenías mi permiso ni mi ropa a mano para ponerte, comenzaste a ponerte cualquier cosa que simulara un vestido.



Repasadores, toallas, la funda de la almohada, jugabas con tu imaginación, una fibra de color rosa era una princesa, me decías.

Elegiste tu cepillito de dientes de color lila, jugabas y dormías con él.

Cuando querías entrar a mi habitación a buscar mi ropa y la encontrabas cerrada con llave, estallabas en una crisis que golpeabas la puerta con los pies y con la cabeza para abrirla, gritabas tanto que dudo que pueda borrarlo de mi mente. Te abrazaba para que no te golpearas.

Llegaste a llorar tres horas, recuerdo, o hasta que te quedabas dormido en el piso, pegado a mi puerta. Dormido seguías sollozando.

Lo primero que hice fue hablar con la psicóloga para explicarle que cada vez era peor, que tenías muchas crisis nerviosas y que nada te hacía cambiar de opinión ni dejar de intentar vestirme como una nena. Y a todo esto se sumó tu deseo de tener el pelo largo, era demasiado ya.

Su respuesta fue:

—Sigan así, no importa lo que llore, es un nene.

La familia se destrozaba, nadie soportaba verte sufrir así. Papá era el único que se mantenía firme, y hasta llegó a romperte la fibra rosa con la que jugabas porque un día rayaste todas las paredes de tu cuarto, los muebles, los juguetes, el velador y la cara de tu hermanito que estaba durmiendo. Las paredes estaban pintadas de celeste y verde y vos pintaste todo lo que pudiste del color de las princesas.

Le tenías miedo a papá, te empezaste a esconder de todos. Tu angustia se te notaba, era inmensa, en tu carita se reflejaba la tristeza que tenías, supongo que te atosigamos entre todos.

Imagino qué desesperación has tenido con todos encima de vos diciéndote que no a todo, contrariando tu deseo de

ser una nena e imponiéndote que eras un nene, qué horror viviste, mi cielo.

Pasaron los meses y seguíamos firmes; empezaste a mentir, a disimular.

Te encontraba con la funda de la almohada puesta en tu falda y te preguntaba:

—¿Estás jugando como una nena?

—No, mamá, estoy bailando, yo soy un nene.

Aprendiste a decir lo que queríamos escuchar y te encerraste en tu mundo, donde eras la nena que querías ser. Te aislaste de todos. El único que te acompañaba en el juego era tu hermanito. El único que te entendía y jugaba con vos, con la misma inocencia.

Una vez te encontré en el patio con una remerita mía puesta, otra vez, como vestido; estaba mojada, la habías sacado de la soga. Era la ropa que recién había lavado; cuando me miraste a los ojos y me enojé por lo que hiciste, empecé a notar que también me tenías miedo.

Le conté a la psicóloga que no podíamos seguir así con vos, que te veía destruido, que no eras un niño feliz. No así. Que tu carita cambiaba cuando encontrabas qué ponerte. Un día no salías del baño y entré. Te habías puesto el cubrecesto del baño como una pollera y estabas jugando tranquilo, encerrado. Pero nada de lo que le contara cambiaba su postura de encaminarte a ser un nene por obligación.

Te he visto con la rejilla de la cocina llena de grasa, con la que mamá limpiaba, como pollera, con el trapo de piso que acababa de usar puesto en la cabeza para simular pelo largo.

¿Qué hacíamos mal? ¿Por qué estabas así? Se suponía que esto era lo mejor, lo que teníamos que hacer para que dejaras de pensar que eras una nena, pero, en lugar de verte mejor, te veía cada vez peor.

Seis meses pasaron, durante seis largos meses intentamos cambiar tu deseo de ser, te obligamos e impusimos nuestra voluntad a la tuya y nada. Te vi llorar, te vi sufrir, vi miedo en tu mirada y lloré con vos siendo testigo de tu voluntad y tu firmeza ante el reto, el grito, incluso el chirlo de papá para hacerte varón. Te castigamos e insistimos junto con la psicóloga en doblegarte y lo único que conseguimos con este método "correctivo" fue verte totalmente infeliz.

Me sentí culpable, te llevé a un lugar donde se suponía que iban a contenerte, ayudarte y te destruimos entre todos.

Tenías pesadillas todas las noches, te levantabas gritando y asustado.

Estábamos más perdidos que antes, ¿qué íbamos a hacer ahora? Tus mismos padres, tus verdugos, así me sentía, responsable de tu dolor.

Como madre, un desastre, presencié tu sufrimiento con impotencia y te aseguro que mi dolor era igual al tuyo, pero confié en la psicóloga y le di tiempo al tratamiento que jamás resultó.

La única persona de la familia que no se sumó a todo esto fue tu tía Silvia, mi hermana mayor. La única que no soportó tu dolor y consintió en silencio y complicidad tu deseo. Solo con ella te sentías bien, contenido, calmaba tu llanto y te hablaba al oído. La esperabas con ansias, y fue quien compartió tu mundo imaginario. Se entendían con solo mirarse, ella siempre vio tu interior y supo apaciguar tu dolor de ser incomprendido por el resto de la familia. A ella le decías cada fin de semana que venía a verte:

-Yo nena, tía, yo princesa.

Estabas a meses de comenzar el jardín, salita de tres años y aún no teníamos resuelto qué pasaba con vos. Era

obvio que no podías empezar las clases con esas crisis, pero nada había cambiado.

Fui a reservar la vacante a un jardín privado cerca de casa, tenía que tener en cuenta que íbamos a tener un año complicado en todos los sentidos; por eso fui sincera con la directora del jardín y le conté lo que te estaba pasando antes de anotarte y que estabas yendo con una psicóloga: vos, tu hermanito y yo.

La directora del jardín los anotó diciéndome que no me preocupara, que eras muy chiquitito y que esas cosas solían pasar. Que los nenes juegan así.

Lo que más me convenció del jardín fue que no tenían que usar guardapolvo. Tenía miedo de que lo tomaras como un vestido y así fomentar tu supuesta confusión.

Estábamos en casa mirando televisión un domingo con papá y llamó tu tía Silvia, me dijo:

-Poné Nat Geo que están dando un documental, miralo.

Lo vimos, mostraban la vida de una nena transgénero de los Estados Unidos. Era la primera vez en mi vida que escuchaba esa palabra.

Daban testimonios los padres y contaban cómo su hija no estaba conforme con su género y la niña habló diciendo:

-Me llamó Josie, soy una niña y tengo pene.

No sé cómo explicar lo que sentí en ese momento, fue como caer al vacío, vi reflejada ahí nuestras vidas, nuestros problemas, tu deseo de ser nena siendo varón, la felicidad que esa niña trans tenía y te vi a vos, fue un espejo.

Dijimos con papá:

-Eso tiene, es eso.

Lloré desconsoladamente, papá también lloró ese día. El dolor era en el medio del pecho, como cuando te falta

el aire y no podés respirar; asombro, culpa, miedo, todo junto en un instante.

Lo primero que papá me dijo fue:

—No le cortes el pelo nunca más.

Y se fue solo al patio a fumar. Yo me quedé sin palabras y me dolía el alma, pensar en todo el daño que te estábamos haciendo.

Esa noche no pude dormir, me senté en tu cama a mirarte mientras vos dormías y no podía salir del ahogo que sentía.

Te acaricié tu pelito que estaba bien cortito y te pedí perdón, te prometí esa noche que iba a ayudarte, que ya sabía qué te pasaba y que si vos querías ser una princesa, mamá te iba a ayudar a ser la princesa más hermosa del mundo.

A la mañana siguiente, sin pensarlo siquiera, llamé a la psicóloga para pedirle una entrevista urgente. Le pedí a tu tía que me trajera información de lo que era ser un niño transgénero; leí tanto y descubrí tantas cosas que no salía de mi asombro, todo lo que allí decía era lo que a vos te estaba pasando.

Subrayé las cosas puntuales mientras lloraba y con esas hojas me fui a ver a la licenciada que estaba haciendo que te destruyeras por el simple hecho de obligarte a ser quien no querías ser.

Mientras iba para el centro de psicólogos, ese lugar donde nos atendían a los tres, sentía como si me hubiera sacado cien kilos de mi espalda, ya está, ya sabía qué tenías, ahora todo iba a ser más fácil.

La licenciada no solo ni me escuchó, sino que tiró por el suelo todos los argumentos que le estaba exponiendo.

Dijo que lo que yo había visto no existía, que era mentira, ni tocó las hojas que le llevé con información.

¡Qué impotencia! Le pregunté entonces qué era lo que te estaba pasando, según ella, y le reclamé:

—Te traje a mi hijo con una sola pregunta: ¿por qué me dice que es una nena? Y pasaron ya seis meses y no tengo respuesta, mi hijo cada vez está peor y cuando encuentro algo que puede ayudarlo, decís que es mentira. ¿Qué le pasa a mi hijo, entónces? Olvidate de todo lo que te dije, dame vos una respuesta.

Llorando se lo pedí, desesperada; era obvio que esa chica que estaba delante de mí no tenía idea de qué responderme, y que estaba segura de que un hombre se hace a los golpes.

—¿Qué le pasa a mi nene que dice ser una nena? —volví a preguntarle.

—Te pregunto yo a vos, qué pasa en tu casa que tu hijo quiere ser nena.

—¿Cómo qué pasa en mi casa? Vos tenés que decirme qué le pasa.

—Acá el nene se comporta como nene.

—Acá el nene está reprimido, solo viene a dibujar y la sesión dura 40 minutos de los cuales se queda solo 15 o 20 nada más.

—¿Qué pasa en tu casa, Gabriela?

—¿Por qué no le pones una tela a ver qué pasa? Te traigo una remera mía y te fijas cómo se comporta.

—Te repito, ¿qué pasa en tu casa, Gabriela?

No sé cómo contuve la ira que me provocó su necesidad, su falta de profesionalismo. Pensé que iba a encontrar a una profesional que escuchara que mi hijo se estaba consumiendo en tristeza y solo encontré a una persona ignorante y soberbia que no pensaba en la criatura ni por un instante, solo seguía firme en que teníamos que obligarlo a ser varón pasara lo que pasara.

Recogí las hojas llorando, me levanté y me fui. Qué sola me sentí, que impotencia, bronca, desilusión, ¿adónde iba a ir ahora? Era más que obvio que esa terapia no hacía más que destruirte y yo no iba a permitirle que te siguiera tratando así.

Llegué a casa decidida a no mandarte más a ese lugar, la psicóloga no me dio ni siquiera lugar al reclamo, ni me dijo: "Déjame ver, lo voy a tomar en cuenta", no sé, me hubiera dicho: "Sí, conozco del tema de los niños transgénero, pero no es el caso de tu nene", qué sé yo, algo coherente por lo menos.

Esa semana fuimos por última vez. Fui a dar la cara con mi psicóloga, la tuya y la de tu hermanito.

Mi psicóloga me dijo que no tenía que molestar a tu psicóloga nunca más si yo tenía angustia por algo. Que lo hablara con ella. Se habían puesto de acuerdo, supongo. Yo solo le traje una inquietud sobre mi hijo y si no lo hablo con ella, ¿con quién? Es ella la que está viéndolo y mi angustia era sobre mi hijo. Evidentemente, no era el lugar apropiado. Ese mismo día me despedí de las tres "profesionales".

Tu psicóloga nos citó a papá y a mí para darnos el cierre de esos seis meses de tratamiento. No nos dio nada por escrito, ningún informe. Solo nos dijo que vos eras hermoso, que sabías compartir y que eras muy inteligente y sabías muy bien que eras un varón.

Ni siquiera le contestamos con papá. Nunca más volvimos a ese lugar.

Hablamos mucho con papá para ver cómo seguíamos, yo estaba decidida a no castigarte más y a dejarte jugar con lo que quisieras. Basta de verte llorar, basta de que se te caiga el pelo, ya basta.

Papá no sabía bien qué hacer, él quería que jugaras en casa solo sin que nadie te viera. Él sintió tu dolor, presencié tus crisis y veía cómo se te pasaba todo si te dejaba usar una pollera nada más. Supongo que sintió culpa de haberte castigado tanto. Estaba perdido, creo.

Hablamos con la familia y les comenté lo que habíamos visto; es más, ellos también lo vieron y entre todos tratamos de tener un poco de paciencia a tus reclamos mientras yo buscaba otra psicóloga por medio de la obra social.

Empezaron el jardín, y fue ahí donde más difícil se te hizo, te enfrentaste al mundo que hay fuera de casa y donde está muy acentuado el ser nena, el ser varón. Los primeros meses fuiste descubriendo a las demás nenas. Las mamás en la puerta me decían que sus hijas solo hablaban de vos, que las peinabas, jugabas en el rincón de la casita a las muñecas y estabas todo el tiempo rodeado de nenas. Un día se me acercó una mamá que me dijo:

-Tu hijo es un donjuán, siempre está con las nenas.

Y yo pensaba: si supieran que desea ser una nena más.

En casa comenzaste a estar más libre, sin presión, llorabas tanto por tu pelo que no crecía que un día papá te compró una peluca de cotillón.

Tu felicidad era inmensa, te la pusiste y no te la querías sacar ni para dormir y te ponías seguido mis remeras.

Papá quería que solo jugaras en casa, no toleraba la idea de que alguien te viera. Por momentos te aceptaba y te ayudaba y por momentos ni siquiera te miraba. Discutimos mucho, él te daba algo para calmar tu ansiedad, pero quería que razonaras como adulto y lo usaras como él quería; pero vos no podías hacerlo, tu juego era tu vida misma.

No te sacabas la peluca ni el disfraz en todo el día, llegabas a dormir con todo puesto. Estabas más tranquilo de

esa manera. Cada vez que salíamos para el jardín, papá te repetía:

—Acordate que en el jardín tenés que ser un nene, no digas nada y cuando llegues a casa, te ponés tu disfraz.

Y así la fuimos pasando hasta que tuve una entrevista con otra psicóloga.

Fui dos meses yo sola para explicarle la situación; tampoco lo compartía, me decía que tu deseo de ser nena tenía que ver con que papá tenía sus crisis y nos abandonaba de vez en cuando. Hasta que llegó el momento de conocerte.

Te llevé a la primera sesión y a la segunda podías llevar algo que vos quisieras para jugar y te le apareciste a la siguiente con una bolsa en la que llevabas tu peluca y tu disfraz. Tres meses estuvimos así.

Un día la psicóloga me habló a mí sola:

—Voy a hacerte una derivación, noto que tiene una problemática de género, pero yo no soy especialista; tenías razón, él se siente una nena, yo no puedo seguir tratándolo, tenés que llevarlo a otro lugar. Pregunté en la obra social y no tienen especialistas en temática de género, lo siento.

—Pero ¿vos qué ves? Decime.

—Una nena, pero te repito, te hago una derivación y buscá otro lugar.

Por lo menos, esta psicóloga no tenía idea de lo que te pasaba, pero tuvo la grandeza de reconocerlo y de no hacernos perder más tiempo. No sabía qué decirme, me dio un papel que decía: “El niño tal presenta posible problemática con su identidad sexual. Derivación a especialista”.

A empezar de nuevo, y ahora, ¿adónde ir?

No tenía información más que el documental que habíamos visto y lo que había bajado de Internet en unas hojas, nada más.

El jardín se te iba complicando cada vez más porque no solo estabas todo el tiempo rodeado de nenas, sino que querías hacer las cosas que hacían como, por ejemplo, formarte en la fila con ellas; el problema venía cuando la señorita te sacaba y te ponía en la fila de los varones.

Todos tus dibujitos eran en color rosa y solo dibujabas princesas y niñas.

Salías llorando a menudo porque te trataban como varón.

El gran tema era cómo explicarte que vos eras un varón físicamente y con documentos que decían que eras un varón. Entonces empecé a decirte que eras una nena especial y que nadie en el jardín se había dado cuenta.

Y con solo tres años y medio, traté de que empezaras a comprender que tu cuerpo era diferente al de las otras nenas y que había que esperar que creciera tu pelo y que por ahora tenías que ir así al jardín.

Llorabas sin entender el porqué. Aceptabas lo que mamá te decía con tristeza.

Las pesadillas no cesaron, la angustia tampoco, y empezaste a no querer ir más al jardín. Cada vez que te ponía el pantalón del uniforme para ir, me decías que querías una pollerita como las otras nenas.

—Este pantalón me molesta —me decías llorando.

Y al llegar a la puerta no querías entrar, tenías vergüenza, agachabas la cabeza y no querías mirar a nadie, era muy duro para mí dejarte esas cuatro horas que no podía verte y en las que no te dejaban ser lo que vos querías ser, una nena.

Las salidas a cualquier lado se hicieron imposibles, casa a la que fuéramos te daba una crisis por algo que veías de alguna otra nena y te lo querías poner o, por ejemplo, te aparecías delante de todos con un repasador puesto como



pollera, enganchado en el pantalón, que habías buscado vos solito. Preferías estar disfrazado delante de quien fuera antes que estar vestido como varón.

Papá se enojaba y nos teníamos que ir enseguida antes de que te agarrara una crisis peor cuando intentábamos sacártelo. Él toleraba que lo hicieras en casa, pero no delante de los demás. Menos de sus amigos; solía esconderte en tu habitación y cerraba la puerta con llave para que no te vieran.

Una vez estaba un amigo de papá en la cocina y vos te apareciste con un camisón mío puesto, rosa, y el muchacho se rio preguntándote qué te habías puesto y le expliqué. Se quedó sin palabras y papá, muy enojado conmigo.

Había algo que me costaba entender, ¿por qué te permitía vestirme, pero nadie te podía ver? No dejaba que salieras a la galería, solo podías jugar con tu disfraz en el fondo de la casa, incluso llegó a decirme que iba a poner una lona que tapara toda la reja del frente para que no te vieran.

Vos mismo decías:

—¿Puedo salir? Si viene gente, me escondo.

El dolor que sentía al escucharte no tiene comparación con nada.

Y seguíamos sin encontrar un especialista para llevarte.

Llegó tu cumpleaños, cuatro añitos ya. Llevé al jardín una torta color verde para tu hermano y una torta color anaranjado para vos, los adornos eran ranas, fue lo único que aceptaste, sin ganas ni alegría. Vos querías una torta de princesas, pero no podía hacértela, fue un cumpleaños triste como todos los que habías tenido hasta ahora; la tristeza y la desilusión aumentaban cuando abrías los regalos que te traían, ninguno era lo que vos esperabas; tu tía Gori les traía una pelota de fútbol para cada uno; tu tío Fede, unas

remeras de color azul y roja; la abuela, zapatillas negras para los dos y con papá no sabíamos qué regalarte a vos, a tu hermano sí, le encantaban los autos y los trenes, pero a vos no sabíamos qué, nada de varón te iba a gustar. Te compré entonces una remera de varón color rosa, aunque sea que tuvieras el color que tanto te gustaba. Tu tía Silvia te dejó plata, no se animó a traerte nada que te hiciera sentir mal, disconforme, porque agarrabas cada paquete con tanta ilusión deseando que hubiera no sé qué ahí adentro, solo vos sabías qué esperabas y tu carita de desilusión cuando veías qué había era terrible, dejabas el paquete y te ibas a llorar a tu cama, pero no a gritos, sino con pena. ¡Qué inmensa tristeza había en tus ojitos, mi cielo, qué difícil era todo eso para vos!

Tan chiquitito y disimulando para que papá no te retara, sufriendo solito y aguantando que te trataran como vos no querías, ¡qué tortura!, ¡qué dolor!

Nació Felicitas, hija de Ana, una de mis mejores amigas, y fuimos a conocerla, una beba hermosa que tenía toda su habitación decorada con todo el amor que su mamá le tenía, y en su cuna había una muñeca de trapo con pelito de lana toda rosa.

Te acercaste y la tomaste con tus manitos, se te iluminó la cara, la abrazaste y te acercaste a mí diciéndome:

—Mamá, yo quiero una muñeca así, rosa.

Era la primera vez que tenías en tus manos una muñeca.

Te escuchó papá y te la sacó delante de todos, te pusiste a llorar pidiendo una muñeca para vos, te abracé e intenté consolarte, pero fue inútil; nos fuimos del lugar, lloraste todo el viaje y papá se enojaba cada vez más; entonces te hablé al oído y te prometí que iba a comprarte una. Solo así te calmaste.



Esa noche papá trabajaba, fue el 31 de julio del 2011, no me olvido más, estaba cocinando y te apareciste delante de mí con una remera mía puesta, tenías otra carita, te miré y te dije:

-Otra vez lo mismo, sacate esa remera, Manuel.

-No.

-A ver, mirame, sos un nene, sacate esa remera.

-No, soy una nena.

-No, sos un nene y te llamas Manuel.

-No, soy una nena y me llamo Luana.

-¿Qué?

-Me llamo Luana y si no me decís así, no te voy a hacer caso.

Me sorprendí, no tuve palabras, no aguanté el llanto y te pedí que te fueras a tu habitación. Llame a tu papá al trabajo y le dije:

-Ya está, no hay vuelta atrás, se eligió un nombre, un nombre de mujer.

La sensación de no saber qué hacer frente a semejante postura, tenías solo cuatro añitos recién cumplidos y te elegiste un nombre, andá a saber cuánto hacía que lo estabas elaborando o cuánto tiempo hacía que lo habías elegido y estaba en tu cabecita sin animarte a decírmelo. Aparte, ¿de dónde lo habías sacado?, no conocíamos a ninguna Luana, era obvio que lo escuchaste en el jardín.

Te recuerdo diferente, con ojitos con miedo, pero totalmente decidido; por eso fuiste a ponerte una remera mía y te apareciste así. Qué valor, qué decisión, qué claro tenías todo. Con qué seguridad te paraste frente a mí.

Al día siguiente te dejé en el jardín. A la salida me preguntaste por tu muñeca rosa. No la había comprado, comenzaste a llorar tanto diciéndome:

-Vos me prometiste, quiero mi muñeca rosa –gritabas delante de todas las mamás y los nenes que no entendían qué le pasaba a Manuel que a gritos pedía una muñeca rosa.

Te levanté como pude y nos fuimos a casa. Hablé con papá y le dije:

-No sabés cómo se puso en el jardín, gritaba que quería una muñeca rosa, todos se pararon a mirarlo, ¿qué vamos a hacer?

Papá me dijo que iba a hablarte. Te llamó a vos solito y te preguntó por qué habías llorado tanto, qué había pasado.

-Nada –le dijiste.

-No me mientas, mamá me contó que lloraste a gritos. ¿Qué pasó, qué querías?

Te diste vuelta y me miraste como reclamando porque le había contado, dudaste, no querías responderle. Tenías miedo.

-¿Qué pasó, Manuel? –repitió papá-. ¿Qué querías?, decime a mí.

-Un auto, rojo.

-No me mientas, no querías un auto, ¿qué querías?

Retorcías de nervios tus manitos tan chiquititas, estabas por largarte a llorar, se te quebraba la voz.

-Dale, no te voy a pegar, solo quiero saber por qué lloraste tanto.

-Porque quiero una muñeca rosa.

-¿Por qué querés una muñeca?

-Porque soy una nena y me llamo Luana.

Papá no supo qué decirte y te mandó a tu habitación. Se fue un rato solo al fondo de la casa; cuando volvió a entrar, me miró con los ojos llenos de lágrimas y me dijo:

-Me lo contó, se eligió un nombre, eligió el nombre más lindo del mundo.

Tu valor fue admirable, lo enfrentaste a papá, con el miedo que le tenías, paradito delante de él te veías tan indefenso, tan chiquitito, que tuve miedo yo también de su reacción, me imagino vos.

Papá tenía la esperanza de que se te pasara, lo encontraba llorando a veces y me decía:

—No puede ser, Manuel no, él es hermoso, va a tener muchas novias, no puede ser una nena, ¿qué va a ser de él? No puede ser, se le tiene que pasar, es un ganador, va a ser mecánico, no puede querer una muñeca, ¿y con Federico qué vamos a hacer, pobrecito?, ¿sabrás algo?

Cuando pudo reponerse, los llamó a los dos. Estábamos en el mes de agosto a días de festejar el día del niño y esperaban sus regalos.

Te pregunto a vos:

—Manuel, ¿sabés qué quiere Federico para el Día del Niño?

—Sí, quiere un tren.

—Federico, ¿vos sabés qué quiere Manuel de regalo?

—Sí, una muñeca rosa.

Tu hermanito sabía todo. Lo tenía muy claro, vos querías cosas de nena y él cosas de nene. Nos lo contó con tanta naturalidad, fue simple, inocente, no entendía por qué lo mirábamos asombrados.

Con papá pasábamos días sin hablarnos, los dos estábamos tratando de asimilar, de soportar el dolor que causaba la desesperación de no saber qué hacer con vos, todo lo que habíamos visto pasaba en Estados Unidos, las dos psicólogas que habíamos visto no entendían nada sobre niños transgénero. No había información en ningún lado, ningún pediatra nos supo explicar; entonces, qué íbamos a hacer. Si te tratábamos como varón, te destruías en nuestra cara, te

veíamos deshecho; si te dejábamos ser una nena, no sabíamos si estaba bien, ni cómo hacer en el barrio; en el jardín ya no te callabas como antes, era desesperante y todo empeoró.

Estábamos todos tristes en la casa. La familia esperaba que dijéramos algo, no sabíamos qué hacer con vos, tu estadía en el jardín se hacía cada vez más difícil, hasta que la señorita me habló:

—Manuel se rasguñó la cara, quería una figurita de princesa. No sabemos bien qué le pasó.

Ya no soportaba que estuvieras tan mal, no quería verte así ni que te hicieras daño, todo se desmoronaba, tenía miedo de que te lastimaras. En casa las cosas con papá no estaban bien tampoco. Él tenía de vez en cuando cambios bruscos de humor y por cualquier cosa se ponía agresivo, se iba de casa y nos dejaba solos tres o cuatro días. A veces volvía solo; otras, mamá lo iba a buscar. Sus cambios de humor comenzaron con el embarazo, sentía que era mucha responsabilidad y a veces huía de nosotros. Intenté siempre que la familia estuviera unida y más aún con lo que a vos te estaba pasando. No quería estar sola, necesitaba su apoyo. No tenía fuerzas para soportar todo esto yo sola; igualmente, en el fondo de mi corazón, sabía que algún día se iba a ir. Cuando lo conocí a papá, ya tenía tres hijos a los cuales había abandonado y ese era el gran temor que yo tenía, que hiciera lo mismo y nos dejara a nosotros también; por eso intentaba que no volviera a repetir su historia con nosotros, no podía sola, las veces que tuviste grandes crisis y papá no estaba conmigo para acompañarnos fueron terribles; por ejemplo, el día de la comunión de tu primo Ayrton.

Fuimos los tres solitos a la casa de la tía Gori. Preparamos la comida, la torta, mientras vos y Federico jugaban, dentro de todo, tranquilos. Llegó la hora de ir a la iglesia y

todos fuimos a cambiarnos. Los puse a los dos tan lindos, con sus camisitas y pantaloncitos. Eran dos hombrecitos. En un momento, desapareciste de mi vista. Tu tía me llama y me dice:

—Vení, mirá a Manuel, por favor. Ya su cara me decía todo.

Entré a su habitación y no te vi, te busqué, estabas detrás de la mesita de luz hecho un bollito en el piso, llorando. Mientras todos nos alistábamos para salir, te habías metido en su cuarto, abriste su placard y revolviste su ropa. Le habías sacado una remera amarilla y te la habías puesto como vestido. Recuerdo tu cara, ahí en un rincón, escondido porque sabías que te lo iba a sacar, tu temor al reto, te alcé y te dije:

—¿Qué te pusiste, Manuel?

Intenté sacártelo con más dolor en mi cuerpo que el que vos podías sentir, hijo, pero no podía llevarte así a la iglesia; rompiste en llanto, todos se quedaron mirándote extrañándose de lo que estabas haciendo, la familia política de tu tía no sabía nada.

—¿Qué se puso? —preguntaron.

Te llevé a la iglesia llorando todo el viaje y sabiendo lo que nos esperaba al llegar. ¿Cómo podía evitarte el dolor de que vieras a todas las nenas que iban a estar ahí con sus vestidos blancos para tomar su comunión?, tenía tanto miedo de tu reacción. Dos veces lo pensé, quería irme, no por vergüenza, quería ahorrarte que las vieras y te sintieras mucho peor, llorábamos juntos como si supieras que no había remedio a tu sentir. ¿Qué podía hacer yo?, no tenía idea de qué hacer, papá no estaba, Federico solo presenciaba tus desbordes y cada vez se hacía más introvertido, no le gustaba verte sufrir, a nadie le gustaba. Llegamos a

la iglesia y te perdí, no había consuelo, te tenía en brazos y luchaste conmigo para bajarte e ir al lado de esas nenas, para tocarles el vestido, solo tocarlo. Tu expresión de deseo y tristeza por no tener un vestido como ellas fue doloroso para toda la familia. Entramos y me senté en la última fila para que no pudieras verlas y así te calmaras un poquitito al menos. Fue inútil, parecías un animalito herido, no puedo ni siquiera soportar el recuerdo. Lloraste tanto, al punto de desmayarte. La abuela te tuvo en brazos casi tres horas y dormido aún te sacamos de la iglesia. Cuando vi las fotos que había sacado tu tía antes de que te encontrara así, habías salido en todas con una servilleta blanca en la cabeza, como si fuera tu pelo. Mi alma tiene tanto dolor, mi cielo, porque presenciaba todo esto sin poder hacer algo que te ayudara a vivir en paz. Ese día papá nos hizo mucha falta. Fue el 30 de octubre del 2010, solo tenías tres años y cuatro meses.

Le conté todo apenas lo vi, papá no sabía qué hacer ni mucho menos qué sentir. Estaba entre la espada y la pared. Entre tener un varón con miedo y deshecho o una nena con pene. Cuesta razonarlo, cuesta asumirlo, mucho más cuando no había de dónde sacar información, más cuando hay una sociedad que te margina, en la cual no podés ser diferente. Papá no lo soportaba, llegó a pensar en mudarnos, en dejarte crecer el pelo para que no sufrieras más y te sacaras esa bendita peluca que hacía transpirar tu cabecita. Y que usaras vestido en casa solamente, pero que en el jardín o con los demás te comportaras como un varón. Demasiado para tus cuatro añitos, demasiado para lo que sentías. Creo que lo intentaste, por momentos hacías lo que papá quería, debías tener culpa o te dabas cuenta de que cambiaba el ambiente cada vez

que imponías tu deseo de ser nena. Todos te veíamos, todos éramos testigos de tu inconformidad; ¿qué hacer?, ya no dormíamos.

Teníamos el Día del Niño casi encima y aún no habíamos comprado tu regalo. ¿Qué comprar?, ¿otro auto?, ¿para qué? Para crearte más dolor, más frustración. Hasta eso, un regalo, algo tan simple, se había transformado en un problema grave. Mi pregunta era: ¿cuánto más este nene puede soportar vivir así? Papá decidió entonces comprarte la muñeca rosa con pelito de lana. Me dijo:

—Esto lo tengo que hacer yo solo.

Y fuimos a la juguetería, me quedé en la puerta, lo vi tan nervioso, dudando, entró y salió tres veces diciéndome:

—No puedo hacerlo. No puedo comprarle una muñeca a Manuel.

Se lo veía enojado, con él, con vos, o con la vida, no lo sé, pero hubo algo de humanidad en él, de saber en el fondo de su corazón que debía hacerte feliz, aunque fuera un ratito, que hizo que la comprara. Yo solo miraba desde afuera. Agarró la muñeca y la tiro en el mostrador, ni miraba a la dueña del lugar, salió y me dio el paquete como si le quemara en las manos diciéndome que nos fuéramos, que ya estaba. Nos fuimos llorando cada uno por su lado. Era imposible hablar en ese momento. Él estaba luchando consigo mismo, con sus prejuicios, su propio dolor, su machismo que no le permitía verte más allá de tu cuerpo, de tu nombre. Y yo estaba feliz, sabía que te iba a gustar la muñeca, la primera. No era solo una muñeca, era el reconocimiento de tu deseo, significaba que te habíamos escuchado y que venía de la mano de papá, que te aceptaba aunque fuera con enojo.

Él te la dio y ahí lo vio todo, vio tu cara de sorpresa y alegría, tu desborde de felicidad.

—¡Mirá, Federico, mirá qué me regaló papá!

Fue la primera vez en cuatro años que te vi contento de verdad. Te vi feliz, eso era, eso necesitabas. Ahí estaba tu muñeca rosa; con pelito de lana, como la que habías visto y por la que tanto habías llorado. Jugaste con ella y dormiste con ella todos los días y todas las noches. Estabas feliz, ya sabíamos qué hacer para verte bien, el problema era, sostenerlo. Y ante todos, ante papá mismo que, teniendo la verdad que le cacheteaba la cara, no podía aceptarla aún. Te dio la muñeca y se fue al fondo de la casa a fumar solo, como siempre. No podía disfrutarte, no te aceptaba del todo, me acerqué, le pedí que entrara para estar con vos y con Federico, y me dijo:

—No puedo, ya está, se la compré, pero no me pidas que entre. Le voy a dar de comer, pero no me pidas que juegue a la muñeca con él.

“Le voy a dar de comer”, esa frase hizo estrago en mí, como si fueras un perrito; eras su hijo, un nene o una nena, lo que fueras, no un perrito. Pasaron varios días en los que papá no te miraba, te saludaba y te evadía. ¿Por qué te la regaló, entonces? Eso es algo que solo él sabrá. Pero su desprecio posterior nunca lo pude comprender. Estaba deprimida, no solo tenía que enfrentar tu situación, encargarme de mis dos hijos, cargar con el mal humor de papá y el miedo de que agarrara sus cosas y se fuera otra vez. Sino que también eras mi hijo y a mí también me dolía, yo tenía el peso que provoca el dolor de que, como madre, no podés hacer nada ante el sufrimiento de tu hijo. Y luchaba para que papá entendiera y pudiera aceptarte. Recuerdo que me dijo:

—Yo no voy a tener un hijo puto, ¿qué les voy a decir a mis amigos?

¿Su rebeldía era contra mí, contra él mismo o contra la situación? No sabría decírtelo, pero junté las fuerzas que nunca tuve, me guardé el amor inmenso que le tenía y le contesté:

—No es puto, es una nena, y de tus amigos, al que no le guste que no venga, esta es la casa de Manuel, quien no quiera verlo que no lo vea y no es un amigo. Y si a vos no te gusta, ahí tenés la puerta.

Tu tía Silvia me llamó desde la juguetería para decirme que no sabía qué regalarte para el Día del Niño, que para tu hermanito ya sabía, el tema cras vos.

—Para Federico tengo elegida una valijita con fibras y lápices todo de Cars, pero para Manuel, no sé. Vi algo que le puede gustar, pero no sé qué hacer.

—¿Qué viste?, decime, algo de varón no va a querer, va a llorar.

—No, vi la misma valijita que para Federico, pero de princesas, ¿se la puedo comprar?

—Sí, comprásela, en definitiva, son fibras y lápices.

Tu tía se puso tan contenta, ella era tu cómplice en todo; cuando nadie te dejaba tocar nada de nena, ella les traía una vincha a vos y a Federico, pero la tuya tenía brillitos. O me acuerdo que le regaló una lapicera a cada uno con una mariposa en la punta, a Federico celeste, a vos roja llena de brillo también, ella iba calmando tu ansiedad y disimulando para que la familia no pensara que te hacía mal. Trató siempre de que no sufieras tanto.

Tu vestido de cotillón estaba hecho harapos ya, igual que tu peluca, era amarillo y a vos te gustaba el color rosa. Tu tía Silvia, ese ángel que te dio la vida para cuidarte a mis espaldas, te había comprado el traje de la princesa Aurora,

la de *La bella durmiente*, tu favorita, era de tul rosa y estaba impecable. Me llamó aparte y me dijo:

—Le compré un vestido nuevo, ¿cómo se lo damos sin que Guillermo (tu papá) se enoje?, o si no, no se lo des hasta ver qué pasa, vos fijate, manejaló. Yo lo vi y pensé en ella.

Tu tía Silvia ya te trataba como nena, vos se lo habías perdido, como a mí, pero a mí me costó más por la costumbre de decirte Manuel. Cada vez que te decía Manuel me repetías:

—Me llamo Luana y si no me decís Luana, no te voy a hacer caso.

Recuerdo que una vez te pregunté:

—¿Estás contento?

—No.

—¿Por qué no estás contento, mi cielo?

—Porque estoy contenta.

Podía decirte Manuel tres o cuatro veces y no me mirabas, reaccionaba y te decía Luana, y ahí te dabas vuelta a escucharme. Tuve que respetar tu nombre porque así me lo pediste, no lograba nada con vos si te trataba como varón, me fuiste marcando cómo deseabas ser tratada. Y lo hiciste con el resto de la familia menos con papá. Se lo dijiste una sola vez.

— Bueno, tenía el vestido de la princesa en la mano y di tantas vueltas para enfrentar a tu papá; no quería más peleas, ya eran demasiadas. Me acerqué y le dije:

—Tengo un vestido para Manuel, está nuevo, le va a encantar, se va a poner contento. Lo trajo Silvia y estoy de acuerdo en dárselo. —Levantó la mirada y sentí su bronca ahora en carne propia, como vos cada vez que te miraba así. Seguí hablando como si no lo hubiera notado—. Prefiero que use un vestido como la gente antes de que siga con eso todo roto o con los repasadores o mis remeras; se va a



disfrazar igual, con este vestido nuevo va a quedar mejor, es más digno, ¿te parece?, ¿me dejás que se lo dé?

—Hacé lo que quieras —me respondió.

Te lo dimos con tu tía; por favor, que desborde de emoción, gritabas pero esta vez de felicidad, me pediste que te pusiera la película urgente y te pusiste a bailar como Aurora. Se te veía tan feliz. Nada importaba después, ni el enojo de tu papá ni lo que digan los demás, solo quería verte bien y así te veías radiante.

Ahora sí eras la princesa que querías ser, está de más decir que ese día dormiste con el vestido puesto. Te ponía triste el pelo tan cortito y por más que te explicaba que ya iba a crecer no podías controlar la ansiedad, lo querías ya, lo necesitabas para estar más tranquila. Sumale a eso la valijita de fibras y lápices de todas las princesas y la muñeca que te había regalado papá, aunque no fuera de buena gana, pero la tenías. Estabas que no podías con tu alegría. Te la pasabas dibujando, obviamente, princesas y el color rosa lo gastaste.

El tema era el jardín. Tantas nenas a tu alrededor sin poder ser como ellas te frustraba, y cuando llegabas a casa corrías a cambiarte, era lo primero que hacías todos los días al llegar y así te quedabas hasta que al día siguiente volvías a ser Manuel al entrar al jardín.

En agosto de 2011 no teníamos a quién recurrir. Les pedí por favor a todos los de la familia que me ayudaran a encontrar dónde llevarte. Llamé llorando a mi amiga Natalia, le rogué que buscara por Internet algo, alguien, lo que fuera, y ella encontró que en el Hospital Durand había especialistas. Tu tía Silvia se metió en Internet y mirando los emails de los profesionales que había encontrado los nombres de la licenciada Valeria Pavan y del doctor Adrián

Helien. Le mandó un mensaje a cada uno contándoles la situación que estabas viviendo. Valeria Pavan fue la primera en responder y al día siguiente de mandarlo tenía un teléfono para comunicarme con ella. Así lo hice, la llamé muy nerviosa e intenté resumir lo que estabas sintiendo. Ella fue muy amable y comprensiva, nos dio una entrevista a ambos padres en esa misma semana.

Le pedí a tu papá que no me dejara sola esta vez, ya que hacía unas semanas había pasado por un lugar que no conocía llamado La Fulana, un lugar de mujeres lesbianas y bisexuales donde terminé no sé cómo buscando ayuda y me crucé con Verónica, una chica que supo escucharme, contener mi desesperación y que secó el mar de lágrimas que le dejé. Un ser especial que me miró a los ojos y me dijo:

—Dejala ser...

Y no supe qué contestarle.

Salí de allí y me descompuse, me bajó la presión supongo, lloré y lloré y me perdí en la calle, no sabía volver ni dónde estaba y me caí sentada en plena calle Corrientes; le pregunté cómo volver a una señora que pasó a mi lado y decidí nunca más ir a un lugar sola. Desde ese día, Verónica es mi amiga hasta el día de hoy, y nos acompañó con el corazón. Por eso quería que papá me acompañara; además, era él quien necesitaba que un profesional le confirmara qué era lo que te estaba pasando. Yo no, yo solo necesitaba que me guiaran y me dieran herramientas para poder calmar tu ansiedad y tu tristeza. Me acuerdo que antes de ir le dije a papá:

—No necesito que nadie me diga quién es mi hijo más que él mismo.

No tengo idea de cómo accedió, pero lo hizo y eso era lo importante.



Viajamos dos horas y media; el consultorio quedaba en Plaza de Mayo, fuimos tarde. El viaje fue eterno, no sabía con qué nos íbamos a encontrar, solo estaba segura de que iba a poder ayudarnos, lo noté en la charla por teléfono; sabía muy bien de lo que le estaba hablando, casi no tuve que explicarle nada.

Llegamos, el consultorio era muy agradable y ella me transmitió mucha paz; hablaba de una forma muy serena y pausada, me dio confianza y empezamos a charlar. Papá estaba sentado a mi izquierda sin emitir palabra, Valeria sentada en su sillón delante de mí; empecé a contarle lo que te estaba pasando y en ningún momento se asombró por nada; me hizo un par de preguntas y nos miró a ambos diciéndonos:

-Por lo que contás, es una nena trans.

-¿Es qué?

-Una nena trans, una nena transexual.

Lo dijo con una simpleza, con tanta calma, yo había escuchado la palabra transgénero, pero trans no; le pregunté qué significaba.

-Una persona que no se siente acorde con el género con el que nació; es un varón biológico, pero se siente una nena, no acepta sus genitales. Igual vamos a tomarnos el tiempo que sea necesario para verlo. Les hago una pregunta: ¿qué van a hacer si confirmamos que es una nena trans?

No respondí, lo miré a papá para que él contestara, yo sabía qué iba a hacer, pero en ese momento él era nuestro mayor obstáculo. Papá le respondió:

-Vamos a aceptar lo que él decida ser.

-Perfecto, entonces -nos dijo, y me dio una cita para la semana; necesitaba que le contara el embarazo, cómo nacieron y detalles de lo que vivimos.

Papá le preguntó antes de irnos cuánto nos iba a cobrar porque no teníamos plata; ella nos respondió:

-Lo que ustedes puedan, que el dinero no sea un impedimento para que no vengan, eso lo vemos.

Salimos de su consultorio asombrados, sin palabras, solo le pregunté:

-¿Qué te pareció?

-La tiene muy clara.

-A Manuel le va a gustar hablar con ella, va a tenerle confianza enseguida.

En el viaje de vuelta pensamos mucho, tenía en la cabeza todo lo que Valeria nos había dicho, y lo que más se complicaba era el jardín, la gente, la sociedad entera, el miedo a que te lastimaras y, lo peor, una vida de nena con genitales de varón. Una vida diferente para enfrentar con el corazón nada más. Tomamos el tren en la estación de Once, se llenó de gente, solo pensaba y lo miraba a papá que también venía atontado con tanta información y tanto que decidir sin vuelta atrás. Lloré tanto... cuando tuve que bajarme recién reparé en que todos me miraban, nada me importaba, quería llegar a casa y abrazarte, sentía que el alma me dolía menos, no me costaba tanto respirar ahora; Valeria nos había dado un poco de aire fresco para tomar fuerzas y empezar a luchar con vos.

La semana siguiente, tuve la primera entrevista a solas con ella. Lo primero que me dijo fue:

-Mi equipo y yo decidimos no cobrarte ni un centavo, nada. Vamos a acompañarlos en todo lo que sea necesario, quiero que te quedes tranquila con eso.

No sabía cómo agradecerle, no podía creer que tuviéramos un lugar donde poder descansar de tantos problemas.

Hablamos mucho, me desahogué y me llené de información, me traje lo más importante que pudo haberme dicho, la mejor herramienta que me dio, solo dos palabras: "Dejala ser". Le respondí:

-Si lo dejas ser, no lo paro más -y enseguida le pregunté-: ¿cuántos niños así hay, vos cuántos conocés?

-Ninguno, no tan chiquitos; sí adolescentes, pero no de esa edad.

Y ahí se me cayó un poco el ánimo, me dio miedo, no había otros nenes, no cómo había visto yo en el documental, pero ella supo darme calma y seguridad para empezar a aceptar una nueva vida para Manuel, una vida mejor, en la que pudiera ser quien quería ser, y él quería ser Luana.

Empezamos a dejar de retarte y a dejarte jugar tranquilo con lo que deseabas, hasta a vos mismo te costaba al principio aceptar que podías tocar o ponerte lo que querías, te costó perdernos el miedo que nosotros mismos te habíamos infundido. Por ahora estabas jugando de a poco solo en casa hasta que llegó el día en que la conociste a Valeria.

Entraste a su consultorio solito; estuviste poco tiempo, pero te sirvió de mucho, le dijiste tu nombre, el que te habías elegido, y ella lo respetó.

Saliste tan contento, te gustó ella, te encantó que fuera una nena, me dijiste que era relinda y que te encantaron sus zapatos altos.

A la semana siguiente, al entrar al consultorio, Valeria había comprado dos bolsas llenas de juguetes para nenas y para nenes; muñecas, autos, jueguitos de té, camiones, una cancha de fútbol en miniatura. Y te dio a elegir con qué deseabas jugar, te puso varias cosas delante y fuiste directo a una muñeca con vestido de novia.

Y así, una vez por semana, todas las semanas. Era tu hora de felicidad, ibas tan contento a jugar con ella, te sentías libre, comprendido, contenido y encontraste a una profesional con una sensibilidad que muy pocos tienen, captaba tu estado de ánimo al instante y se ganó tu confianza en la primera sesión.

Yo escuchaba del otro lado de la puerta tus risas; estabas feliz con ella, respetaba tu mundo y no solo eso, lo compartía.

Un día te dijo que podías traer lo que vos quisieras de casa para jugar con ella, hiciste lo mismo que con la psicóloga anterior, llevaste en una bolsita tu vestido de cotillón y tu peluca que ya estaba desastrosa, pero no te la querías sacar.

Viajaste esas dos horas y media con tu bolsita en la mano. Valeria te abrió la puerta de su consultorio y al entrar te empezaste a cambiar como si se te acabara el tiempo; sentías un gran alivio al ponerte esa ropa. Venías viajando y eras un nene pensativo y amargado, llegabas ahí y te liberabas, te ponías el vestido y la peluca y le dabas vida a esa carita triste, le ponías alma a ese cuerpecito que no acompañaba tu sentir. Las dos bolsas de juguetes fueron con el tiempo resumiéndose en una, la que tenía juguetes de nena; hubo camiones que ni siquiera tocaste. Al contrario, le decías: "Ese es para Federico". Y hubo otros, como la canchita de fútbol con la que jugaste, pero vestida de princesa y con peluca. Eso demostraba que no importaba con qué jugaras, si era un juego de varón, mientras lo jugaras vestida de nena. Lo que realmente era importante era lo que decías ser y vos decías ser una nena.

Todo en casa empezó a estar más tranquilo, ibas sintiendo alivio y adquiriendo seguridad. La tristeza seguía porque no estabas todo el tiempo como nena y el jardín

pesaba mucho. Pasábamos por el puesto de diarios y mamá le compraba una revista a cada uno para que pintaran; antes les compraba de autos a los dos por igual y vos la agarrabas sin ganas y la señora del puesto de diarios se daba cuenta. Una mañana que fuimos a comprar, agarraste una revista de princesas, te dije que la dejaras y te abrazaste a ella y no te la pude sacar; la señora se quedó mirando y me dijo:

—Qué raro que a él le gusten las princesas.

Y como te compraba algo para que te gustara y no quería verte llorar más, empecé a comprar todos los meses la revista de princesas para vos y la de autos para Federico. Iba al kiosco con dos varones y uno llevaba una revista de nene y el otro, de nena; la señora no aguantó más hasta que me preguntó:

—¿Por qué le comprás revistas de nena a él?

—Porque es una nena.

Y le expliqué como pude. Fue a la primera persona en el barrio a quien se lo dije y sentí tanto alivio; era muy feo que te observaran tanto, así que mamá se lo aclaró y tuve su apoyo al instante. Te trataba muy bien, hasta te decía que eras hermosa.

—A mí me parecía que algo pasaba, no podía ser que el nene eligiera esa revista —me dijo.

Traté desde entonces que tuvieras cosas de nena que te gustaran y te hicieran sentir mejor, iba a comprarlas con vos, te dejaba elegir. Como una vez que entramos en la farmacia para comprar el aerosol para tu asma bronquial y corríste hasta donde estaban los perfumes, te tiraste en el piso porque en el último estante de la vidriera había uno de la princesa Aurora. Era una muñequita arriba del frasco. Me suplicaste por ella y mamá te la compró, llegamos a la

caja a pagarla y la cajera, que solo tenía que cobrarnos, no sé por qué te dijo:

—Y ese perfume, ¿para quién es?, ¿para tu hermanita?

—No, es para mí.

—Pero para vos tenés el del Hombre Araña, cómo vas a llevar ese.

Te pusiste mal, te avergonzó, no tenía por qué cuestionarle a una criatura para qué compra que ni para quién; la callé diciéndole:

—¿Me lo vendés o no?

No entendía por qué le chocaba tanto a la gente ver que un nene tiene algo de nena en la mano o si usa un color u otro. Ahí me di cuenta de cuánto iba a costarnos caminar tranquilas por esta vida. Juzgan sin conocer. Tienen tan grabado en la cabeza nene por un lado y nena por otro que ni pueden llegar a pensar en que hay nenes y nenas diferentes. Cuando salimos de esa incómoda situación, a la que, por lo visto, nos íbamos a exponer seguido, hablé mucho con vos y te fui explicando que mucha gente no entiende, que la mayoría no se daba cuenta de que eras una nena porque te veían como varón, que no era tu problema, sino el de ellos y que nunca tuvieras vergüenza, que podías elegir y comprar lo que vos quisieras. Lo mismo nos pasó yendo al cumpleaños de tu tía Gori. Esperando el colectivo, viste un puesto de juguetes en la calle y te acercaste, te gustó mucho una muñeca y me pediste que te la comprara. Me acerqué y le pedimos a la señora la muñeca; nos dijo:

—No, para vos hay autitos.

—Pero él quiere esa muñeca, ¿me la podés vender?

—No, papi, mirá, acá tenés autos, camiones, eso es de nena.

Ya estabas poniéndote mal otra vez y mamá se armó de paciencia; intenté sin dar explicación porque no tenía ganas de que me vendiera la muñeca, la agarré y te pregunté:

—¿Esta querés?

—¿Para qué le va a llevar una muñeca al nene?

—Porque le gusta, me la vendés.

—Haga lo que quiera, pero para él hay camiones—insistió.

Nos puso de mala gana la muñeca en una bolsa y nos fuimos; no podía creerlo, se negaban a venderla porque vos eras un nene. Subimos al colectivo y tratabas de jugar con ella desde adentro de la bolsa. Estaba lleno de gente y la estabas escondiendo, la sacabas, le tocabas el pelo y la guardabas otra vez tratando de que no te vieran. Me dio tanta bronca, ¿por qué te tenías que esconder así?, nos había costado tanto comprar la muñeca y desde adentro de una bolsa no se puede jugar; entonces te dije:

—Podés sacarla, mi amor, jugá tranquila.

—Pero hay gente, mamá.

—No importa, no hacés nada malo, sacala de la bolsa que está todo bien.

Dudaste, sacaste el pelito primero y mirabas a tu alrededor por si te decían algo; unos segundos después terminaste jugando tranquila hasta que nos bajamos. Obvio que todos los que estaban en el colectivo te miraban; un nene jugando con una muñeca y la madre, que está al lado, no se la saca, que espanto, ¿no? Pues a mí no me importaba la mirada del otro, es más, ni siquiera los conocíamos, lo que me importaba a mí era tu mirada, tus ojitos llenos de luz, tu alegría.

¡Qué desgaste!, ¡qué lucha!, por favor. No sé de donde sacábamos valor o qué me hacía ser así; por supuesto que la fuerza que mamá tenía para lidiar con todos aquellos

que se empeñaban en que fueras lo que no eras siempre me la dieron tu sonrisa y tu mirada. Y todo lo que te hiciera sentir bien a vos me convencía más a mí. Si podía luchar y enfrentar a tu papá, podía con todos.

Tu abuela, o sea mi mamá, gracias a Dios vivía enfrente de nuestra casa; ella te protegió siempre y desde los tres meses de vida, cuando no lograbas dormir, sintió que algo te pasaba, que eras un bebé especial. Ella me transmitió los valores que yo les inculqué a ustedes dos. Luchadora nata, sola crio a sus cuatro hijos y nos dio el amor y el cuidado de madre y nunca nos faltó nada aunque no tuviéramos un padre. Me enseñó desde chiquitita la importancia de la familia, que los hermanos estuviéramos unidos y que mirara siempre para adelante, que jamás me diera por vencida.

—No está muerto quien pelea—me solía decir—y el no ya lo tenés, andá por el sí.

Cada vez que bajé los brazos, mi mamá me ayudó a levantarlos; me repetía:

—Nada es imposible, todo tiene solución, no llores, nada vale una lágrima tuya.

Y eso es todo lo que me ha servido estos años para acompañarte y esas mismas frases fueron las que te he dicho yo a vos. Como te decía, ella vivía enfrente e íbamos a verla todos los días. Vos querías ir a jugar con tu vestido y tu peluca, entonces los ponías en una bolsa, cruzábamos la calle y te cambiabas al entrar. Cuando volvíamos a casa hacías lo mismo. Le planteé la situación a papá y le pregunté si podía cruzarte así como estabas vestida; total, quién iba a vernos. Se opuso totalmente.

Una tarde estábamos solos los tres, estabas vestida con tu traje de princesa y abrí la puerta para ir a lo de la abuela, te escondiste detrás y me dijiste:

-Esperá que me saco todo y busco una bolsa para ir.  
Y en ese instante me olvidé de todo, te agarré fuerte de la mano y te dije:

-Vamos así, no hay problema.

-Pero la gente me va a ver.

-¿Vos qué sos?, ¿una nena o un nene?

-Una nena.

-Bueno, entonces, agarrate fuerte de mamá y cruzá sin vergüenza que nada va a pasar, yo estoy acá con vos y siempre voy a estar.

La calle se hizo más larga, te agarré de una mano a vos y de la otra a Federico y cruzamos, sin mirar a los costados, de frente como me enseñó mi mamá. Y fue un logro muy importante, ahí me demostraste tu valor y tu entereza y yo te hice ver que siempre ibas a poder apoyarte en mí, que nunca vas a estar sola para enfrentar la vida y que cuando tuvieras miedo o vergüenza, podías agarrarme fuerte de la mano que mamá allí iba a estar.